

con un hijo de Bonnaire, Severino, de su edad, el hermano menor de Luciano. La agonizante burguesía se unía al pueblo, á los rudos trabajadores resignados de las edades muertas, y también á los obreros revolucionarios, camino de emanciparse.

También hubo grandes fiestas. La descendencia feliz de Lucas y de Josina iba á fructificar, pulular, ayudando á poblar la ciudad nueva.

Vencía el amor; alegre, joven, conducía á todos, parejas, familias, pueblo entero, á la final armonía. Cada nuevo matrimonio era una casita nueva entre árboles y praderas; la ola de casas que acababa de invadir y borrar el viejo Beauclair. El antiguo barrio leproso, de casuchas inmundas, quedaba arrasado; en su lugar anchas vías con árboles y fachadas risueñas. Estaba amenazado hasta el barrio burgués; se abrían calles nuevas, se ensanchaban y cambiaban de destino los antiguos edificios, la Subprefectura, la Audiencia, la Cárcel. Sólo la vetustísima iglesia agrietada, cuarteada, seguía en medio de una plazuela desierta, que parecía campo de zarzas y ortigas. Los antiguos caserones solariegos, las casas pegadas unas á otras, dejaban el puesto á viviendas de más hermandad, más sanas, esparcidas por el inmenso jardín que venía á ser todo el pueblo. Aguas corrientes y viva luz daban alegría á todas ellas.

La ciudad estaba fundada; grande y muy gloriosa ciudad, cuyas avenidas llenas de sol, seguían prolongándose y ya rebosaban sobre los campos vecinos de la fértil Rumaña.

III

Pasaron diez años más, y el amor había unido á las parejas; el amor vencedor y fecundo hizo nacer y crecer en cada hogar nuevos hijos, que traían el porvenir. Con cada generación nueva se difundiría y reinaría en el mundo un poco más de verdad, de justicia y de paz.

Lucas, de sesenta y cinco años ya, á medida que se hacía viejo, sentíase dominado por la pasión creciente

de los niños. Ahora que el edificador de ciudades, el creador de un pueblo, que en él había, veía construirse la ciudad soñada, preocupábase sobre todo con las generaciones en germen, iba hacia los niños, les dedicaba sus horas todas, pensando que eran el porvenir. Eran ellos, eran los hijos de sus hijos, y eran, mejor aún, los hijos de éstos, los que debían ser un día un pueblo inteligente y sabio, en el cual se realizaría toda la equidad y bondad que él había querido. No es posible rehacer los hombres maduros, cuando han vivido con las creencias y los hábitos con que el atavismo los encadena. Pero puede obrarse sobre los niños, librándolos de las falsas ideas, ayudándoles á crecer y á progresar, según la evolución natural que en sí propios llevan. Y él lo veía claro, cada generación debe ser así, un paso adelante, cada una de ellas crea más certidumbre, más paz y mayor felicidad. Solía decir, sonriendo, que los niños eran los conquistadores más fuertes y los más victoriosos de su pueblo en marcha.

En las largas visitas matutinas que Lucas continuaba haciendo á su obra, dos veces por semana, consagraba lo mejor de su alma y de su tiempo á las escuelas, y también á los asilos maternos, en donde estaban recogidos los más pequeños. Ordinariamente comenzaba por ellos antes de ir á los talleres y á los almacenes, gozando al contemplar toda aquella infancia riante y sana, desde que el sol salía. Como cada semana cambiaba los días de su inspección animadora, no se le esperaba, presentábase de improviso entre aquella gentecilla bulliciosa, donde todos le adoraban como á un abuelo muy alegre y muy bueno.

Un martes, Lucas, resuelto á visitar á sus queridos hijos, como él los llamaba á todos, se dirigía hácia las escuelas á las ocho de una mañana deliciosa de primavera. El sol caía como lluvia de oro por entre los nuevos verdores, y él caminaba á paso breve por una de las avenidas, cuando se detuvo al oír una voz querida que le llamaba en el instante de pasar por delante de la casa de los Boisgelin.

Susana, que le había visto cruzar, se adelantaba hasta la puerta del jardín.

— ¡Oh! amigo mío; hágame usted el favor de en-

trar un momento. Este pobre hombre ha tenido un nuevo acceso, y estoy muy inquieta.

Se refería á Boisgelin, su marido. Durante algún tiempo había intentado trabajar, nada á gusto con su ociosidad, en medio de aquella colmena activa y ruidosa con el trabajo de todos. La pereza acababa por serle demasiado pesada; la caza y el caballo no eran suficientes para llenar sus días. Así Lucas, á ruegos de Susana, á fin de contribuir á la transformación esperada, le había confiado una especie de inspección, una tarea de vigilancia de los Almacenes Generales. Pero el hombre que jamás había hecho nada con sus manos, el ocioso de nacimiento, no disponía de su voluntad, no podía acomodarse á una regla, á un método. Pronto Boisgelin pudo advertir que era incapaz de tener una ocupación seguida. Su cerebro huía, sus miembros no obedecían, la somnolencia y el abatimiento le dominaban. Sufría con exceso á causa de esta horrible impotencia, y poco á poco recaía en el vacío de su existencia antigua, con sus días ociosos pasados todos en la misma inutilidad. Pero como no tenía ya el aturdimiento del placer y del lujo, sintióse invadido por un aburrimiento sombrío, inmenso, sin cesar creciente, del cual nada podía sacarle. Y al fin acababa por envejecer así en el estupor, en el aturdimiento de las cosas imprevistas, extraordinarias que á su alrededor pasaban, como si hubiera caído en otro planeta.

—¿Tiene acaso crisis violentas?—preguntó Lucas á Susana

—¡Oh! no,—respondió ésta.—Está, sencillamente, muy sombrío, muy preocupado, y estoy inquieta porque la locura vuelve á apoderarse de él.

En efecto; la razón de Boisgelin parecía haberse obscurecido á consecuencia de la vida que llevaba á través de esta ciudad activa y trabajadora. De la mañana á la noche se le tropezaba, cual si fuera el fantasma de la pereza, pálido, despavorido, errante por las calles animadas, por las escuelas con sus murmullos, por los talleres ruidosos, obligado á apartarse á cada paso, con la amenaza de verse sumergido y arrastrado. No se había aclimatado, se había como deshecho en medio de aquel mundo nuevo, y su locu-

ra le llevó poco á poco, viéndose él mismo que no trabajaba, á creer que era el amo, el rey, y que aquel pueblo era un pueblo de esclavos, ocupados sólo en trabajar según él quería, y en amontonar incalculables riquezas, de las que disponía á voluntad para su propio placer. Al derrumbarse la antigua sociedad, la idea del capital, en él, había resistido firme á pesar de todo, y él seguía siendo el capitalista loco, el capitalista dios, que, poseedor de todos los capitales de la tierra, había reducido á todos los hombres á ser sus esclavos solo, los miserables obreros de su felicidad egoísta.

Lucas encontró á Boisgelin en el umbral de la casa, vestido ya con la corrección de siempre. A pesar de sus sesenta, seguía siendo el hombre de aire vanidoso, el rostro afeitado, y con su monóculo. Únicamente su mirada vacilante, sus labios flojos, lacios, revelaban su decaimiento interior. Bastón en mano, y un sombrero luciente ligeramente inclinado sobre la oreja, se disponía á salir.

—¡Cómo! ¡En pie ya, y de paseo!—exclamó Lucas, afectando el mejor humor.

—Es indispensable, amigo mío,—respondió Boisgelin después de un rato, examinándole con desconfianza.—Todos me engañan; ¿cómo quiere usted que duerma tranquilo con los millones que á diario me produce mi dinero, y que me gana ese mundo de obreros? No tengo más remedio que enterarme, que ver como marchan las cosas, á fin de evitar la filtración de miles de francos por hora.

Susana hizo á Lucas una seña de desesperación. Luego intervino:

—Yo le aconsejaba que no saliese hoy. ¿A qué tantas molestias?

Pero su marido le impuso silencio.

—No me preocupa tan solo el dinero de hoy, sino también todo ese dinero amontonado, esos miles de millones que los millones cotidianos aumentan todas las noches. Acabo por no darme cuenta de mí mismo, por no saber cómo vivir en medio de esta fortuna colosal. Es necesario que yo la coloque, ¿no es verdad? que la dirija, que la vigile, para impedir que se me robe demasiado. ¡Oh! es este un trabajo

de que no tenéis la menor idea, y que me hace desgraciado; ¡sí! desgraciado, más desgraciado que los pobres sin hogar y sin pan.

Su voz comenzó á temblar de dolor; un dolor indecible: gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Inspiraba lástima, y Lucas, que sufría á causa de él, por considerarle una anomalía en la ciudad trabajadora, sentíase, sin embargo, conmovido hasta el fondo del corazón.

—¡Vamos! Bien puede usted descansar un día,— repuso.—Opino como su mujer; en lugar de usted yo no saldría, me entretendría en mirar cómo florecen las rosas de mi jardín.

Boisgelin le examinó de nuevo con desconfianza. Luego, como si cediese á la necesidad de hacer una confidencia á un íntimo, al cual se atrevía á confiarse:

—No, no, es indispensable que yo salga... Lo que me molesta más aún que la inspección de mis obreros y la buena administración de mi fortuna, es no saber dónde colocar mi fortuna. ¡Imaginaos miles y miles de millones! Acaban por estorbar, no hay salas para ellos bastante grandes. Por eso se me ha ocurrido la idea de ir á ver si encuentro un agujero bastante profundo... Pero no digáis nada á nadie, nadie debe sospecharlo.

Y mientras Lucas, frío, aterrado, miraba á Susana completamente pálida, que contenía las lágrimas, Boisgelin, aprovechándose de su inmovilidad, pudo pasar entre ellos y huir. Con paso rápido, alcanzó la avenida llena de sol y desapareció. Lucas quería correr tras él y traerlo á la fuerza.

—Le aseguro á usted, amiga mía, que hace mal en dejarle correr así, á su antojo, libre. No puedo tropezarle en todas partes, rodando de un lado para otro, alrededor de las escuelas, por los talleres y los almacenes, sin temor de que ocurra alguna desgracia, alguna dolorosa catástrofe.

Tiempo hacía que tenía esta preocupación, pero solo la ocasión le había dado el valor necesario para declarárselo á Susana. Nada le producía mayor pena que el espectáculo de aquel anciano loco, vuelto á la infancia, que paseaba su locura de pereza y de lujo

por entre su pequeño pueblo en marcha. Cuando lo tropezaba, como una última protesta del pasado, le seguía con la vista y experimentaba cierta inquietud, por causa de aquel desequilibrado, fantasma errante de la sociedad muerta.

Pero Susana se esforzaba por tranquilizarle.

—Es inofensivo, se lo juro. Yo tiemblo por él, porque hay momentos en que le veo tan sombrío, tan miserable, con todo ese dinero que le abruma, que temiendo estoy que sienta la necesidad de acabar. Pero ¿cómo tener valor para encerrarle? Sólo es feliz fuera; sería una crueldad inútil, toda vez que jamás dirige la palabra á nadie. Salvaje y tímido, como un niño que no quiere ir á la escuela y hace novillos.

Las lágrimas, que á duras penas contenía, comenzaron á caer.

—¡Ah! desgraciado, he sufrido mucho por su causa, pero jamás me había producido el dolor que ahora.

Luego, al saber que Lucas se dirigía hacia las escuelas, quiso acompañarle. También los años habían pasado para ella; ¡tenía sesenta y ocho! Pero se conservaba sana, ágil, sintiendo siempre la necesidad de interesarse por los demás, y de dedicarse á las buenas obras. Desde que vivía en el Asilo, desde que su hijo Pablo, casado ya, padre de varios hijos, no la necesitaba, se había creado una familia amplificada, haciéndose institutriz, maestra de solfeo y de canto en la clase primera, la de los pequeñuelos. Ayudábale esto á vivir feliz, y era su encanto despertar la música en aquellas almas puras, en que cantaba la infancia. Era una buena música y, por otra parte, no ambicionaba enseñarles demasiado; sólo quería inspirarles el canto como algo natural, como en los pájaros de los bosques, como en las criaturas todas que viven libres y alegres. Y había obtenido resultados maravillosos; en su clase reinaba la alegría sonora de la pajarera, y la juventud que brotaba de sus manos llenaba todas las otras clases, los talleres, la ciudad entera, de un júbilo constante y de gorgoros.

—Pero hoy no le toca á usted su curso,—la hizo notar Lucas.

—Lo sé; sólo quiero aprovechar el recreo para ha-

cer que mis angelitos repitan un coro. Después tenemos que tomar algunas resoluciones, con Sœurette y Josina.

Las tres se habían hecho grandes amigas, inseparables. Sœurette conservaba la dirección del Asilo central, en el cual cuidaba de toda aquella gente menuda, los niños de pecho y los que apenas comenzaban á andar. En cuanto á Josina, dirigía el taller de costura y de economía doméstica, haciendo de todas las niñas que pasaban por las escuelas, buenas esposas, buenas madres, capaces de dirigir una casa. Además, entre las tres, formaban una especie de consejo, encargado de discutir las cuestiones graves relativas á la mujer, en la ciudad nueva.

Lucas y Susana habían seguido la avenida y entraron en la amplia plaza, donde estaba la Casa Comunal rodeada de praderas, muy verdes, adornadas con arbustos y macizos llenos de flores. Ya no era aquel el modestísimo edificio de los primeros años; se había construído un verdadero palacio, con amplia fachada policroma, cuyos lienzos, decorados y azulejos de colores, se harmonizaban con el hierro visible para el recreo de la vista. Grandes salas de reunión, de juegos y de espectáculos permitían al pueblo estar allí como en su propia casa, fraternizando en frecuentes fiestas con los placeres de las que se interrumpían los días de trabajo. Convenía que, fuera de la vida de familia, llevada por cada cual á su manera, se acentuase, lo más posible, la existencia pública común, en la que todos vivían de todos, realizando así poco á poco la armonía soñada. Y he ahí porque si las casitas eran modestas, la Casa Comunal brillaba por su lujo, con toda la amplitud y toda la belleza de la morada soberana del pueblo rey. Tendía á convertirse en una ciudad dentro de la ciudad, de tal manera aumentaba, según las necesidades crecientes. Detrás, añadíanse edificios de Bibliotecas, Laboratorios, Salas de cursos y de conferencias, que procuraban á todos la instrucción libre, las investigaciones, los experimentos, la difusión de las verdades conquistadas. Había también patios y cobertizos para los ejercicios físicos, sin contar una admirable instalación de baños gratuitos, pilas, piscinas, llenas de

agua fresca y pura, del agua corriente tomada en las vertientes de los Montes Bleuses, agua que por su abundancia inagotable, mantenía la limpieza, la salud y la continúa alegría de la gran ciudad naciente. Las Escuelas, sobre todo, se habían convertido en un mundo especial, que entonces ocupaba varias construcciones esparcidas al lado de la Casa Comunal, á causa de los millares de niños que seguían sus cursos. Para evitar el hacinamiento perjudicial siempre, se habían creado numerosas divisiones, cada una de las cuales tenía su pabellón, cuyos lados miraban á los jardines. Era aquello como una ciudad de la infancia y de la juventud, desde los pequeñuelos en sus cunas, hasta los mozalbetes, y las muchachas que seguían el aprendizaje, después de haber pasado por las cinco clases en las cuales se les daba siempre una instrucción y una educación integrales.

—¡Oh!—dijo Lucas sonriendo,—yo comienzo por el principio, paso siempre, en primer lugar, por entre mis amigos que aún maman.

—Está bien,—respondió Susana, alegrándose á su vez.—Entraré con usted.

En aquel pabellón, el primero á la derecha, en medio de las rosas del jardín, Sœurette se destacaba entre un centenar de cunas y entre otras tantas pequeñas sillas de ruedas. Vigilaba además los pabellones próximos, pero siempre volvía á éste, en el cual estaban las tres nietas y un nieto de Lucas, á quien adoraba. Convencidos Lucas y Josina de cuán beneficiosa era esta educación para la ciudad, daban el ejemplo, haciendo que los hijos de sus hijos fuesen educados, desde sus primeros pasos, con los hijos de los demás.

Presisamente Josina estaba allí, cerca de Sœurette, Ni una ni otra eran ya jóvenes, la primera tenía cincuenta y ocho años, la segunda sesenta y cinco. Pero Josina conservaba su gracia dulce, su finura, realzada por sus cabellos almirables, cuyo tinte dorado fino, sólo había palidecido: mientras Sœurette, como ocurre á las jóvenes poco agraciadas, flacas, morenas, no parecía envejecer; con la edad adquirió un encanto de juventud persistente, de bondad activa. Susana era siempre la mayor de todas, con sus sesenta y ocho años, hermoscada también por la edad, sin más be-

lleza que su dulzura afectuosa, su severa razón suavizada por la indulgencia. Las tres rodearon á Lucas como tres almas fieles, una de ellas la esposa amante, las otras dos, las amigas devotas y apasionadas.

Cuando entró Lucas en compañía de Susana, Josina sostenía sobre sus rodillas un pequeñuelo de dos años apenas, al que Sœurette examinaba la mano derecha.

—¿Qué tiene mi Oliverio?—preguntó con inquietud.—¿Se ha lastimado?

Oliverio Froment era su último nieto, hijo de su hijo mayor Hilario Froment y de Colette hija de Nannet y de Nisa. Todos los matrimonios que se habían celebrado, daban entonces sus frutos, inundando los Asilos maternos y las Escuelas con una ola sin cesar creciente de cabezas rubias y morenas, que formaba la gente pequeña en disposición siempre de ir hacia adelante.

—¡Eh!—dijo Sœurette,—un simple rasguño producido sin duda por una tabla de la silla... Vamos, ¡ya está curado!

El niño había dado un ligero grito y después se había echado á reír. Entonces una niña de cuatro años, á quien habían dejado más allá libre, se acercó con los brazos abiertos para cogerle y llevarsele.

—¡Quieres estarte quieta, Marieta!—gritó Josina con temor.—¡No se convierte así en muñeca á un hermanito!

Marieta protestaba diciendo que ella era formal. Y Josina, como buena abuela, tranquilizada, miraba á Lucas, y los dos sonreían felices al ver á su genticilla tan feliz, merced á su cariño. Susana, luego, les acercaba otras dos rubias, Elena y Berta, dos gemelas de cuatro años, nietas suyas también. Eran de la segunda hija Paulina, que se había casado con Andrés Jollivet á quien el abuelo, el presidente Gaume, había recogido, después de la desaparición de Lucila y de la trágica muerte del capitán. Lucas y Josina, habían casado tres de sus cinco hijos: Hilario, Teresa y Paulina, los otros dos, Carlos y Julio aún no se habían casado.

—Y estos pimpollos: ¿no se acuerda usted de ellos?—dijo alegremente Susana.

Las dos gemelas, Helena y Berta, se habían lanzado al cuello de Lucas, á quien adoraban; Marieta también se lanzaba hacia él trepando por las piernas, mientras que el mismo Oliverio, el chiquitín, extendía sus manecitas curadas, gritando frenético porque el abuelito le pusiera sobre las espaldas. Lucas, sofocado por las caricias, bromeaba.

—Está bien, amiga mía, no faltaba más que fuese usted á buscar á Mauricio, su ruiñeñor, como usted dice. Así serían cinco á comerme. ¡Dios mío! ¡qué va á ser de mí cuando sean á docenas!

Y, colocando en tierra á la gemela y á Marieta, la niña de carne de rosas, de ojos puros, cogió un instante á Oliverio y lo tiró al alto, lo que hizo á éste lanzar gritos de júbilo. Después, colocándole de nuevo en su silla dijo:

—Vamos, es preciso ser formales, no es posible estar siempre jugando, es necesario que piense en otros.

Guiado por Sœurette, seguido de Josina y de Susana, dió una vuelta por las salas. Era un encanto esquisito de ver aquella casa de la primer infancia, con sus paredes blancas, sus cunas blancas, su genticilla de blanco; toda esta blancura tan alegre en pleno sol, cuyos rayos penetraban por las altas ventanas. También allí corría el agua, sentíase la frescura cristalina, se oía su murmullo, como si arroyos claros conservasen por todas partes la limpieza exagerada que se advertía en los más modestos utensilios. Sentaba esto muy bien con el candor y la salud. Si á veces salían de la cuna gritos, la mayoría de ellas, sólo se oía la cháchara agradable, las risas argentinas de los niños que corrían, llenando las salas con sus continuos revoloteos. Los juguetes, otro mundo pequeño mudo, vivían en todas partes, su vida natural y cómica; había muñecos, muñecas, caballos de madera, coches. Eran propiedad de todos, de los niños como de las niñas, unas y otros vivían confundidos en una sóla familia, pensando juntos desde que empezaban á hablar, cómo hermanas y hermanos, como maridos y mujeres, que debían tener hasta la muerte una existencia común.

A menudo, Lucas se detenía y reclamaba:

— ¡Oh! ¡qué hermosa niña! ¡qué niño más precioso!

Y se equivocaba y se reía al ver que el muchachito era una niña, ó bien, al contrario.

— ¡Cómo! — dijo, deteniéndose ante una cuna, — ¿hay ahí dos gemelos? ¡Qué niños más hermosos, y qué parecidos en su belleza tan atractiva!

— ¡No señor, no! — exclamaba Sœurette. — El uno es una niña á quien el pequeñuelo de la cuna vecina ha venido á visitar. En cuanto pueden juntarse, encontramos á veces tres ó cuatro unos en brazos de otros.

Y todos se alegraban ante aquella hermosa cosecha de afecto y de amor en germen. Susana, que en un principio había revelado los más serios temores, hasta la repugnancia más viva, hacia la educación y la instrucción en común de los dos sexos, sentíase ahora maravillada por los admirables resultados obtenidos. Aquellos niños y aquellas niñas á quienes antes se consentía estar juntos hasta la edad de siete ú ocho años, pero á quienes más tarde se separaba y aislaba, levantando entre ellos un muro infranqueable, crecían luego ignorándose los unos á los otros, y llegaban á ser extraños, enemigos brutales cuando venía la noche de bodas, cuando la mujer se echaba en brazos del hombre. Los cerebros dejaban de ser de la misma raza, el misterio exasperaba el deseo sexual, el macho hacia la rueda, ante la hipócrita reserva de la hembra, dándose así la batalla de dos criaturas hostiles, de ideas diferentes, de intereses opuestos. Y, ahora; allí, en las parejas jóvenes, Susana podía comprobar la paz feliz conquistada, una fusión más íntima de inteligencia y de sentimiento, la razón, el buen acuerdo, la fraternidad en el amor. Pero lo que sobre todo le sorprendía en las Escuelas mismas, eran los buenos efectos de la mezcla de los sexos, que despertaba una especie de emulación nueva, suscitando en los muchachos la dulzura, en las niñas la decisión, preparándolos por una penetración más íntima, por un conocimiento libre y pleno, para una fusión completa, hasta no ser más que un sólo espíritu, un sér sólo en el hogar doméstico. La experiencia estaba hecha, no se registraba ni un caso de la excitación se-

xual tan temida; en cambio el nivel moral se levantaba, siendo maravilloso ver aquellos muchachos y aquellas niñas, inclinarse por sí solos hacia los estudios que debían serles más útiles, gracias á la gran libertad que á cada escolar se concedía para trabajar á su gusto en vista de las necesidades del porvenir.

Susana decía graciosamente:

— Los desposorios se hacen desde la cuna, y así se suprime el divorcio, porque se conocen unos á otros demasiado para proceder de ligero... Vamos, amigo Lucas, comienza el recreo y quiero que usted oiga cantar á mis discípulos.

Sœurette se quedaba con su genticita, porque ya era la hora del baño, mientras que Josina tenía que volverse hacia su taller de costura, donde las niñas preferían pasar el recreo embeladas en aprender á hacer vestidos para sus muñecas. Sólo Lucas seguía á Susana á lo largo de la galería abierta, con la cual comunicaban las cinco clases.

Aquellas clases habían llegado á ser un mundo á parte. Fué necesario subdividirlas, construir locales más amplios, aumentar además las dependencias, los gimnasios, los talleres de aprendizaje, los jardines, á los cuales los niños salían libremente cada dos horas. Después de algunos tanteos, se había logrado fijar el procedimiento de educación y de instrucción, y aquella enseñanza libre, que hacía atractivo el estudio, respetando la personalidad del discípulo, pidiéndole sólo el esfuerzo de que es capaz para las lecciones preferidas, elegidas sin presión coactiva, daba resultados excelentes, aumentaba de año en año la ciudad con una generación nueva, cada vez mejor dispuesta para la verdad y para la justicia. Tal era el único modo bueno de acelerar el porvenir, de hacer brotar los hombres encargados de realizar el mañana, libres de los dogmas engañosos, formados en las realidades necesarias, conquistados por los hechos científicos demostrados, el conjunto de los cuales constituye la certidumbre inquebrantable. Ahora, nada parecía menos lógico ni menos provechoso, que someter toda una clase á la férula de un maestro, esforzándose por imponer su fe personal á unos cincuenta escolares, con cerebros y sensibilidades diferentes. Parecía per-

fectamente natural limitarse á despertar en esos escolares el deseo de aprender, y luego dirigirlos en sus investigaciones y favorecer las facultades individuales que en cada cual se manifiesten. Las cinco clases se habían así convertido en terreno de experimentación, en donde los niños, de una manera graduada, recorrían el campo de los conocimientos humanos, no para tragárselos con gula sin digerir nada, sino para despertar en cada uno, al contacto con los mismos, su propia energía intelectual, para asimilárselos según su personal comprensión, sobre todo para decidir la especialidad más determinada, hacia la cual, se sentía atraído. Jamás la frase de que allí se estaba para aprender á aprender, había sido tan exacta. Era algo así como desenredar cerebros tiernos, la elección de cada niño en la inmensidad del saber, la manera más lógica de utilizar más tarde todo su esfuerzo, toda la inteligencia y energía. Y ello gracias al atractivo del estudio, á la libertad sana y fecunda, á las continuas distracciones recreativas de goce y de fuerza con que se interrumpían las horas de trabajo.

Todavía tuvieron, Lucas y Susana, que esperar un instante á que las clases terminasen. Desde la galería cubierta, que recorrían lentamente, podían dirigir una ojeada á los salones, en los cuales cada niño tenía su mesita y su silla. Se habían suprimido las mesas y los bancos seguidos, dándoles así la impresión de ser cada uno dueño de los suyos. ¡Y qué espectáculo más agradable el de aquellas niñas y aquellos muchachos, mezclados sin orden en sus puestos! ¡Qué atención más apasionada prestaban á la palabra del profesor, en pie entre ellos, pasando de un lado á otro, conversando acerca de su lección, suscitando á veces contradicciones! Como no había ni castigos ni premios, todos daban por satisfecha su necesidad naciente de gloria, en aquella lucha sobre quién demostraría haber comprendido mejor. El profesor cedía con frecuencia la palabra á aquellos que parecían más enterados del asunto, y de esta manera los cursos revestían un interés que la discusión constantemente renovaba. Con el auxilio de los medios más diversos, el fin único que se perseguía era el de los estudios animados, arrancándoles de la letra muerta de los libros

para darles la vida de las cosas, la pasión de las ideas. Y nacía el placer, el placer de aprender, de saber, y las cinco clases desarrollaban el conjunto de los conocimientos humanos, como el drama movido y real del vasto mundo, que todos debemos conocer, si queremos obrar en él y ser en él felices.

Un alegre clamoreo se produjo; el recreo al fin llegaba. Cada dos horas, veíanse los jardines invadidos; y era de ver el animado tumulto de la salida de las clases, aquella ola de muchachos y de niñas que entre sí fraternizaban como buenos amigos! Por todas partes se les veía formando grupos, los juegos se organizaban sin distinción de sexo, algunos preferían conversar alegremente, otros se trasladaban á los gimnasios ó á los talleres de aprendizaje. Oíanse risas muy francas, muy puras. Sólo un juego había caído en desuso, no se jugaba ya al marido y mujer, porque todos ellos eran simplemente compañeros. Había tiempo para eso en la vida, ya que no se separaban en adelante y seguían juntos para conocerse mejor y quererse más.

Un muchacho de nueve años, muy hermoso, muy fuerte, se acercó á Lucas, y se arrojó en sus brazos, gritando:

—¡Buenos días, abuelo!

Era Mauricio, el hijo de Teresa Froment, que se había casado con un Morfain, Raimundo, hijo de Petit-Da, el gigante, y de Honorina Caffiaux.

—¡Ah!—dijo Susana con júbilo,—este es mi ruiseñor... ¡vaya! ¿Estáis dispuestos? Hijos míos, vamos á repetir nuestro coro, tan bonito, aquí sobre el cespéd, entre estos grandes castaños.

Toda una banda la rodeaba. Con otros veinte, estaban allí dos muchachas y una niña á quien Lucas besó. Luis Boisgelin, de once años, era hijo de Pablo Boisgelin y de Antonieta Bonnaire, el matrimonio de amor triunfante, primer anuncio de la próxima fusión de las clases. Feliciano Bonnaire, de catorce años, era hijo de Severino Bonnaire y de Leonia, la hija de Aquiles Gourier, y de Azulina, la pareja cariñosa y libre que había florecido entre las rocas salvajes y balsámicas, de los Montes Bleuses. Germana

Yvonnot, de dieciseis años, era la nieta de Augusto Laboque y de Marta Bourron, la hija de su hijo Adolfo y Zoa Bonnaire, hermosa niña morena y sonriente, en la cual se juntaban y armonizaban la sangre fraternal, tanto tiempo en lucha, del obrero, del aldeano y del comerciante en pequeño. Lucas divertíase en desenredar la complicada madeja de estas alianzas, de estos cruzamientos continuos, y se reconocía con facilidad en medio de aquellas cabezas infantiles, sintiéndose como transportado, en aquella vegetación sin límites, fecunda en matrimonios que poblaban su ciudad.

—Va usted á oírlos,—dijo Susana.—Es un himno al sol naciente, un saludo de la infancia al astro que va á madurar las mieses.

Sobre el cesped, en medio de los grandes castaños, se habían reunido unos cincuenta niños. Y el canto se elevaba, muy fresco, muy puro y muy alegre. Todo se reducía sin gran ciencia musical, á una simple serie de cantos alternados, ejecutados por una niña y un niño, á los que el coro acompañaba. Pero era tan viva la alegría, tan lleno el sentimiento de una fe sencilla en el astro de bondad y de luz, que sus voces delgaditas, un poco ágrías, llegaban á tener encanto y ternura. El niño Mauricio Morfain, que contestaba á la niña Germana Yvonnot, tenía, en efecto, como Susana decía, una voz de ángel, de un timbre cristalino, que se elevaba al tono agudo, con sonidos deliciosos de flauta. Después venía el revoloteo del coro, como el rumor de pájaros ocultos y piando entre las ramas. Nada más divertido que oírlos.

Lucas, reía, como abuelo contento y bondadoso, y Mauricio, radiante, corría á echarse en sus brazos.

—Y es verdad, muchacho, ¡cantas como un ruiseñor de los bosques! Y he ahí una cosa excelente, porque ya verás, en tu vida, podrás cantar en las horas de descanso y esto te servirá para animarte. No se ha de llorar nunca, es preciso cantar siempre.

—¡He ahí lo que constantemente les digo—exclamó Susana con su intrepidez afectuosa.—Es necesario que todos canten; yo les enseño á cantar para que canten aquí, en la escuela, y más adelante en los ta-

lles, y luego toda su vida. Un pueblo que canta es un pueblo sano y contento.

Ella le animaba; no ponía aspereza alguna ni vanidad de ningún género en su enseñanza, dando de aquella manera sus lecciones en los jardines, con la ambición única de provocar en aquellas tiernas almas el buen humor del canto fraternal y abrirlas á la belleza, sin nubes, de la armonía. Según decía ella, la ciudad feliz, el día de la justicia y de la paz, cantará toda bajo el sol.

—Vamos, queridos míos, otra vez, y con cuidado, no os apresuréis, tenemos tiempo.

Y el canto se elevó de nuevo. Pero hacia el final del trozo se produjo una interrupción. Detrás de los castaños, en un macizo de arbustos, apareció un hombre que volvía la espalda y quería ocultarse. Pero Lucas le había reconocido: era Boisgelin, y experimentó gran sorpresa cuando le vió inclinarse, escrutar con sus ojos por entre las yerbas, como si buscara algún escondrijo, un agujero ignorado. Luego creyó comprender: el pobre hombre debía, en su locura, de andar en busca del rincón oculto, donde poder amontonar sus riquezas incalculables, para que no se las robasen. Con frecuencia se le encontraba así, temblando de miedo, sin saber en el fondo de qué abismo enterrar la fortuna excesiva, el peso de la cual le aplastaba. Lucas sintió entonces un estremecimiento de lástima, sobre todo cuando vió á los niños temerosos, ante la poco tranquilizadora aparición, como un bando de alegres pinzones á quienes el vuelo agitado de un ave nocturna dispersa.

Susana, un tanto pálida, repitió en alta voz:

—¡Con cuidado! ¡con cuidado! ¡queridos míos! entonad la frase final con todo vuestro corazón!

Boisgelin, desconfiado, huraño, había desaparecido como una sombra negra entre los arbustos floridos. Después que los niños, tranquilos, saludaron al sol soberano con un último grito de alegría, Lucas y Susana les felicitaron, les hicieron volver á sus juegos. Uno vez solos, los dos se dirigieron hacia los talleres de aprendizaje, al otro lado del jardín.

—¿Le ha visto usted?—dijo ella muy bajo, después

de un rato.—¡Ah! ¡desgraciado! ¡qué inquieta me tiene!

Y como Lucas manifestase pesar por no haber alcanzado á Boisgelin para conducirlo á su casa, exclamó ella de nuevo:

—No hubiera ido con usted. Habría sido preciso luchar, un escándalo. Le repito, que mi único temor es que lo encontremos cualquier día destrozado en el fondo de algún hoyo.

Volvieron á guardar silencio y llegaron á los talleres de aprendizaje. Muchos alumnos venían allí á pasar una parte del tiempo de recreo, cepillando madera, limando hierro, cosiendo ó bordando, mientras otros, dueños de un terreno próximo, se ocupaban en cavar, en sembrar ó escardar. Encontraron á Josina en un salón, en el cual funcionaban unas al lado de otras las máquinas de coser, los telares de hacer punto y tejidos, dirigidos por niños y niñas: porque también al dejar la Escuela, los sexos seguían juntos, la vida común continuaba, participando de iguales trabajos y los placeres, deberes y derechos, igual que habían participado de iguales estudios. Oíanse allí cánticos, una emulación alegre animaba aquel taller de aprendizaje.

—¿Oye usted? cantan,—dijo Susana dominada de nuevo por la alegría.—Y cantarán siempre, son pájaros canoros.

Josina enseñaba á una muchacha alta de diez y seis años, Clementina Bourron, cómo era preciso manejar una máquina de coser para conseguir un punto de bordado. Y otra muchacha más pequeña, de nueve años, Alina Boisgelin, esperaba que la enseñase de qué manera se asentaba á mano una costura. Clementina, que era la hija de Sebastián Bourron y de Agueda Fauchard, tenía por abuelo materno á Fauchard el sacador y por abuelo paterno á Bourron el pudelador. Alina, la hermana menor de Luis, hija de Pablo Boisgelin y de Antonieta Bonnaire, se rió cariñosa, cuando vió á su abuela Susana, que la adoraba.

—¡Ah! sabes, abuelita, todavía no soy capaz de asentar estas costuras, pero ya las hago muy derechas... ¿No es verdad, amiga Josina?

Susana la besó, después miró cómo Josina asentaba un remate de costura á guisa de modelo. El propio Lucas se interesaba con aquellos trabajos menudos, convencido de que nada hay que sea indiferente, que la vida feliz es obra del empleo feliz de las horas, del ser utilizado por entero, mediante el empleo de todas sus energías físicas é intelectuales, en vivir lógica y normalmente toda la vida. Y habiéndose unido á ellos Sœurette cuando dejaba á Josina y á Susana para dirigirse á la fábrica, encontróse un instante en el jardín florido con las tres mujeres, las tres almas apasionadas y devotas que tan poderosamente le ayudaban á realizar su sueño de bondad y de justicia.

Conversaron aún, á la sombra, distribuyéndose la tarea, examinando las situaciones que debían tomarse. Si su pequeño mundo avanzaba con tanta gallardía, sin demasiados tropiezos, dando una cosecha tan hermosa de buenos resultados, era gracias al principio de los educadores, de los maestros, según el cual, no hay pasiones malas en el sér humano. Sólo hay energías, porque las pasiones son todas fuerzas admirables, y únicamente se trataba de utilizarlas para la felicidad de los individuos y de la comunidad. Es que el deseo, condenado por las religiones, el deseo, que reglas de ascetismo se han esforzado por destruir como una mala bestia, el deseo batido, aplastado, en el hombre y en la mujer, victorioso á pesar de todo, es la llama viva del mundo, la palanca que impulsa los astros, la vida en marcha cuya desaparición extinguía el sol, invadiendo de nuevo la tierra con las heladas tinieblas de la nada! No hay concupiscentes, no hay sino corazones de fuego que sueñan con lo infinito, en el placer del amor. No hay hombre colérico, hombre avaro, hombre mentiroso, glotón, perezoso, envidioso, orgulloso, sólo hay hombres en quienes no se ha sabido dirigir sus fuerzas interiores, las energías desarregladas, las necesidades de acción, de lucha, de victoria. Con un avaro, se hace un sér pródigo, económico. Con un exaltado, un envidioso, un orgulloso, se hace un héroe, que se dará todo él por un poco de gloria. Mutilar en el hombre una pasión, es como si se le cortase un miembro; no está ya completo, se ha hecho de él un enfermo, se le ha quitado

algo de su sangre, de su potencia. Maravilla es que la humanidad haya podido vivir bajo esas religiones mortíferas que hace tanto tiempo se empeñan en matar al hombre en el hombre, queriendo llevarlo hacia un dios de la crueldad y de la mentira, cuyo reino no se asentará sino sobre polvo humano.

En la escuela, en los talleres de aprendizaje, y desde los primeros pasos ya, desde los pueriles juegos de los Asilos maternos, se utilizan las pasiones nacientes de la niñez, en vez de suprimirlas. Si los perezosos eran cuidados como enfermos en quienes se trataba de despertar la emulación y la voluntad, haciéndoles dedicarse á los estudios por ellos libremente elegidos, comprendidos y queridos, se empleaba la fuerza de los violentos, en los trabajos más duros; se obtenía de los avaros el provecho de la lógica y del método, y de los envidiosos, de los orgullosos, beneficios admirables de vasta inteligencia, triunfantes en las tareas menos cómodas. Lo que una moral de restricción hipócrita ha llamado los más bajos instintos del hombre, convertirse así en el foco ardiente de donde la vida tomaba su llama inextinguible. Todas las fuerzas vivas en sus puestos, toda la creación se regulaba según su orden soberano, y llevaba, rebosando, la corriente de los seres, y conducía á la humanidad hacia la ciudad feliz. En lugar de la imbécil representación del pecado original, del hombre malo á quien un Dios ilógico castiga y debe salvar á cada paso, entre la amenaza de un infierno infantil, y la promesa de un paraíso engañoso, sólo habrá la evolución natural de una especie de seres superiores, sencillamente en lucha contra las fuerzas de la naturaleza, á las que vencerán, á las que someterán para su felicidad, el día en que habiendo dado fin á su guerra fratricida, vivan como hermanos omnipotentes, después de haber conquistado la verdad, la justicia y la paz.

—Está muy bien,—dijo Lucas, luego que hubo repartido el trabajo del día con Josina, Sœurlette y Susana.—Váyanse, amigas mías, que su buena voluntad haga el resto.

Las tres le rodeaban, como la emanación misma de la afectuosa solidaridad de amor universal que el genio difundió entre los hombres. Se habían cogido

de las manos y sonreían, ellas, viejas ya, con sus cabellos blancos, muy amables, muy bellas aún, con una belleza extraordinaria de infinita bondad. Y cuando él las dejaba, para dirigirse á la fábrica, ellas le siguieron largo tiempo con ojos cariñosos.

En la fábrica, los talleres se habían ampliado más, en medio de la sana alegría del sol, del aire libre que los inundaba. Por todas partes, las aguas frescas, corrientes, lavaban las losas de cemento, arrastrando hasta el polvo; de suerte que la casa del trabajo, artes tan negra, tan fangosa, tan mal oliente, relucía ahora limpia por todas partes. Bajo los enormes techos de cristales, cabía creerse dentro de una ciudad de orden, de placer y de riqueza. Las máquinas venían á hacer ya casi toda la labor. Movidas por la electricidad, soberbias, alineadas, como un ejército de obreros dóciles, infatigables, estaban sin cesar dispuestas á realizar su esfuerzo. Si al fin sus brazos de metal acababan por gastarse, se les reemplazaba sencillamente; é ignoraban el dolor, que en parte además habían suprimido en el hombre. Era, en suma, aquella la máquina amiga, no la de los comienzos, competencia que agravaba el hambre del obrero haciendo bajar el salario, sino la máquina libertadora, convertida en el útil universal, que trabaja por el hombre, mientras este descansa. No había allí, alrededor de aquellas sólidas trabajadoras, más que conductores, vigilantes, cuya única tarea consistía en manejar la palanca conque se la pone en marcha, y en cuidar de que funcionaran bien los mecanismos. La jornada no pasaba de cuatro horas, y jamás ningún obrero ejecutaba una tarea durante más de dos, pues le sustituía un compañero, y el pasaba á otro trabajo, arte industrial, cultura, ó función pública. Como el empleo general de la fuerza eléctrica suprime casi el antiguo estrépito que llenaba los talleres, se animaban estos con el cántico de los trabajadores, el canto alegre que traían de las escuelas, como una florecencia armoniosa que embellecía su vida entera. Y aquellos hombres que cantaban alrededor de aquellas máquinas tan suaves y tan fuertes en su silencio, en el brillo de sus aceros y de sus cobres, ex-